

Enterrar el pasado: la destrucción del conjunto escultórico del Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén)¹

Sebastián Zofío Fernández*

Teresa Chapa Brunet**

RESUMEN

Este trabajo analiza la fragmentación de las esculturas ibéricas de Porcuna (Jaén). Se resalta la necesidad de estudios globales que permitan reconstruir todo el proceso de fabricación, uso y abandono de las esculturas. Se aprecian roturas fruto de acciones violentas y procesos de erosión por exposición a los fenómenos atmosféricos y especialmente al agua. Los distintos grupos temáticos muestran rasgos particulares tanto en su destrucción como en su conservación. Se revela el empleo de diferentes herramientas que han dañado o fracturado las estatuas, y se comparan estas destrucciones violentas con las producidas por los agentes naturales en conjuntos recientes.

Palabras clave: Porcuna, Jaén, España, Edad del Hierro, escultura Ibérica, fragmentación, destrucción escultórica.

ABSTRACT

This paper studies the fragmentation process of the Iberian sculptures found near Porcuna (Jaén). We underline the need of global studies reconstructing the complete life of the sculptures, from their conception and carving to their destruction and abandonment. We recognise violent impacts that have broken the sculptures, as well as the effects of erosion and water on the surface. Three different thematic groups showing particular features on these processes have been revised. Several tools can be recognised as being the agents of fractures. Finally, we compare the fractures of the Iberian sculptures with those shown by the funerary monuments of a modern cemetery.

Key words: Porcuna, Jaen, Spain, Iron Age, Iberian sculpture, fragmentation, sculpture destruction.

-
- * Doctorando del Departamento de Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense de Madrid.
- ** Catedrática de Prehistoria. Departamento de Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense de Madrid.

¹ Este trabajo se enmarca en el proyecto BHA 2003: "Espacio, prácticas económicas y modelos sociales en época ibérica. El caso del Alto Guadalquivir". Se resumen aquí las conclusiones del trabajo de investigación, aún inédito, realizado por Sebastián Zofío bajo la dirección de la Dra. Teresa Chapa sobre el proceso de destrucción del conjunto escultórico de Porcuna dentro del Programa de Doctorado: "Estrategias de investigación en Prehistoria" de la Universidad Complutense de Madrid. Salvo indicación expresa, las fotografías que ilustran este trabajo se han obtenido de las publicaciones de González Navarrete (1987) y Negueruela (1990), puesto que muestran las piezas antes de su tratamiento para conservación y exposición.

1. INTRODUCCIÓN

Los estudios sobre escultura ibérica suelen resaltar –y lamentar– el estado de fragmentación en el que habitualmente aparecen las piezas. Este hecho es normalmente entendido como el resultado de acciones violentas, aunque también se ha hecho notar que otros factores pudieron favorecer su deterioro, como manufacturas defectuosas, caídas accidentales, erosión, amortización, etc. No es este el lugar para resumir todos los puntos de vista, que son diversos y han sido recogidos en otros trabajos, específicamente centrados en este tema (Blanco, 1986-1987; Ruano, 1987; Quesada, 1989; García y Blázquez, 1993; Chapa, 1993; Talavera, 1998-1999). La discusión en todo caso continúa abierta, teniendo en cuenta por una parte que son contados los casos en los que puede analizarse detalladamente el contexto de las imágenes, y por otra, que faltan totalmente textos escritos o cualquier otro tipo de documentos que pudieran informar explícitamente sobre las causas de las destrucciones.

Por supuesto, el que las esculturas estén rotas en el momento de su hallazgo no es nada excepcional, compartiendo este rasgo con la mayor parte de los materiales recuperados en las excavaciones arqueológicas. Esto suele asumirse como resultado del paso del tiempo en condiciones de presión y alteración. Sin embargo, los procesos que conducen a la fragmentación de los distintos objetos que forman parte del registro pueden ser muy variados, desde la fractura involuntaria debida al uso o a una manufactura deficiente, a la intencionada, y dentro de esta última, desde la que pretende “matar” o destruir el objeto, a la realizada con fines rituales, que puede implicar también la dispersión de los fragmentos para extender su eficacia. J. Chapman (2000) ha intentado reconocer y analizar esta última opción en ciertas culturas prehistóricas centroeuropeas, un acto que se revela más frecuente de lo que en un principio podría parecer.

El caso ibérico es un buen exponente de la diversidad de criterios que se emplean para entender la fragmentación de los distintos materiales. En los contextos de vida cotidiana se asume que las piezas incompletas lo están por las dificultades de conservación que plantea un proceso de abandono, acumulación y erosión del registro; pero casi nunca se plantea como problema arqueológico, por ejemplo, el hecho de que algunos objetos estén completos y otros no, en una misma zona de excavación. En general, se piensa que todas las piezas debieran estar enteras, y que el hecho de que no lo estén es fruto de agentes externos e involuntarios. Esta valoración varía, por ejemplo, en el caso de las necrópolis o de los santuarios, en donde se considera que pudieron desarrollarse acciones rituales que implicaran la fractura voluntaria de ciertas piezas, como los recipientes para libación o banquete, después de su uso. Sin embargo, cuando se trata de esculturas, se asume que están rotas a causa de una acción agresiva y violenta que procura su destrucción y la de los símbolos que llevan implícitos. En la mayoría de los casos, no hay una reflexión previa sobre estas diversas lecturas, que son asumidas dentro de la “lógica” de la investigación, pero un estudio detallado revela hasta qué punto hay muchos casos que no se ajustan a estas interpretaciones, y que requieren una mayor reflexión y análisis.

Lo primero que convendría controlar para poder hablar con propiedad de la destrucción escultórica serían las características de las propias tallas, desde la materia prima escogida y sus propiedades respecto a los procesos de manufactura, a su facilidad para una fractura violenta, sus condiciones de resistencia al transporte o la

erosión, etc. En la obra antes citada, Chapman (2000, p. 25) rescata el conocido concepto de “cadena operativa” para abordar el estudio de la “vida” de los objetos, desde que son diseñados y manufacturados, hasta su destrucción o abandono definitivo, lo que permite plantear una visión global de su trayectoria y de los distintos papeles que juega en el contexto social. De hecho, se han iniciado ya los primeros proyectos en los que se busca definir la procedencia de los materiales y la tecnología de fabricación (Blánquez y Roldán, 1994). Es evidente que la aplicación de estos parámetros al estudio de la estatuaria ibérica sería de gran utilidad para profundizar en aspectos todavía muy poco conocidos de estas manifestaciones.

En definitiva, el estudio de la “destrucción” de la escultura debe huir de las generalizaciones que consideran una única causa como el detonante de este proceso, no sólo en posturas como la clásica de Tarradell (1961, p. 19), que lo ligaban a la presencia cartaginesa y por tanto a un factor externo, sino aquellas que lo relacionan con tensiones sociales internas que, por ser muy difíciles de definir en el estado actual de nuestros conocimientos, se convierten en un lugar común de la investigación más que en una explicación que se pueda fundamentar en datos científicos objetivos. Es necesario introducir matizaciones contextuales, cronológicas y, sobre todo, estudiar detalladamente las piezas en sí para poder abordar de forma seria este importante tema que afecta a buena parte de la estatuaria ibérica. Ello permitiría reconstruir el proceso de destrucción o deterioro y establecer métodos para el reconocimiento de ambos, así como reconocer, por ejemplo, si las agresiones siguieron alguna pauta común en el proceso destructivo.

Este trabajo pretende trazar muy someramente algunos apuntes sobre el conjunto de Porcuna, que presenta claros indicios de haber sido fragmentado voluntariamente con un ahínco especial. Sin embargo, incluso en este caso, y como ya señaló Negueruela (1990, p. 302-303), es necesario un estudio global y detallado de todas las piezas para discriminar lo que son roturas voluntarias, lo que son fracturas accidentales de la piedra y las que se producen por deterioro progresivo y abandono².

2. CONTEXTO Y CARACTERÍSTICAS DE LAS ESCULTURAS³

El conjunto escultórico al que se refiere este estudio apareció en la ladera del denominado “Cerrillo Blanco”, un promontorio plantado de olivos situado a poca distancia de la actual población de Porcuna, cuyo núcleo urbano fue conocido en época ibérica como *Ipolca*, y en tiempos romanos como *Obulco* (lám. 1.1). Es un cerro que supera en altura a otras elevaciones vecinas, formado por margas y areniscas que le otorgan esa tonalidad clara que justifica su nombre. Los procesos erosivos, potenciados por el cultivo, han acumulado sedimentos en las laderas bajas, perdiendo progresivamente los niveles superficiales de la parte alta. Las esculturas fueron apareciendo entre 1970 y 1975, primero de forma casual, y luego con búsquedas intencionadas, y en este último año fueron conocidas por el entonces director del Museo de Jaén, D. Juan González Navarrete, quien intervino decisivamente en su adquisición y en la realización de diversas campañas de excavación en el lugar entre 1975 y 1979. Las fotografías realizadas en estas primeras visitas (Chicharro y Pegalajar, 1999, p. 322) dan idea del número de piezas y de su acusada fragmentación (lám. 1.2). El desarrollo de todo el proceso puede seguirse en González y Arteaga (1980), Torrecillas (1985) y González (1987). Negueruela (1990, p. 21-32), en su estudio monográfico sobre los grupos escultóricos, ha recogido los textos de los autores

- 2 Negueruela (1990, p. 58) lo expresa así: “En este tipo de grandes conjuntos escultóricos que aparecen ante nuestros ojos tan fragmentados no basta con tratar de unir el mayor número posible de fragmentos. El estudio de los distintos tipos de roturas que se han producido puede, quizás, aportar nuevos datos a nuestro saber. La forma de las roturas, su disposición, o las huellas de instrumentos de golpear deben ser analizadas con el mismo esmero con el que se estudian los aspectos estilísticos, el análisis de los ajueros o la interpretación histórica”.
- 3 Agradecemos al director del Museo de Jaén, D. José Luis Chicharro Chamorro, y al conservador D. Pedro Molina, las facilidades dadas para la revisión directa de las piezas.

LÁMINA 1

Hallazgos y excavaciones en el Cerrillo Blanco de Porcuna.

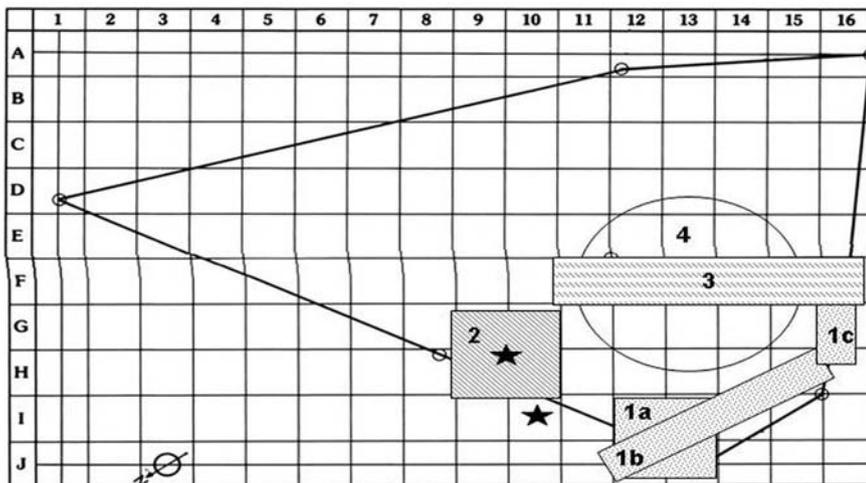
- 1.- Situación geográfica;
- 2.- Fragmentos escultóricos acumulados en un olivo (Foto: Museo de Jaén);
- 3.- Localización de las distintas campañas sobre el plano proporcionado por González Navarrete (1987);
- 4.- Foto de la zanja cubierta por losas;
- 5-6.- Plano y sepultura de cámara de la necrópolis tartésica.



1



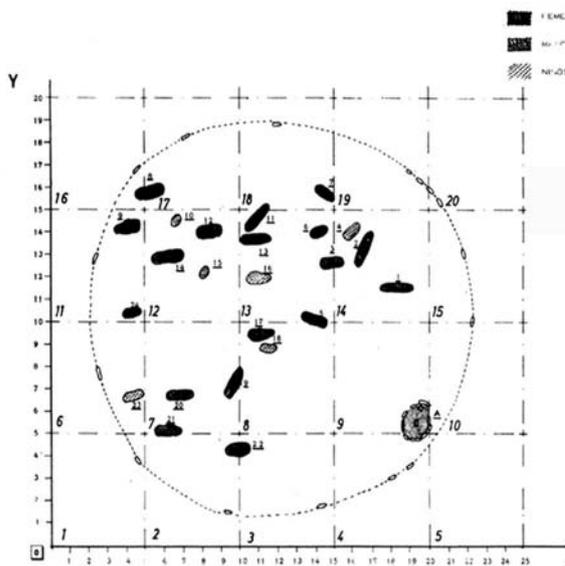
2



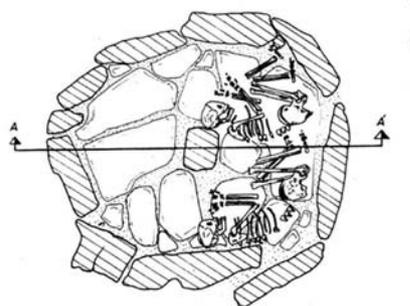
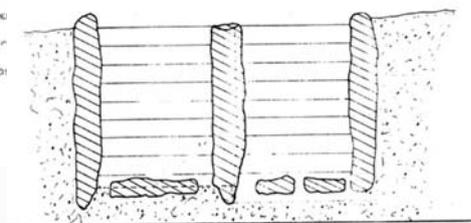
3



4



5



6

citados correspondientes a la descripción del yacimiento. A partir de ese momento, se ha desarrollado un proyecto global de análisis territorial que busca comprender la evolución histórica de la antigua Obulco, dirigido por O. Arteaga, y cuyos planteamientos y resultados preliminares han sido resumidos por este autor (Arteaga, 1999). En todas estas publicaciones nos basamos para realizar la reconstrucción del proceso de las excavaciones, de las características que presentaban los materiales y de las posibles fases de ocupación del Cerrillo Blanco que presentamos a continuación.

Carecemos por el momento de un plano detallado de los trabajos realizados, pero por los detalles ofrecidos por los distintos autores, las diversas campañas realizadas en el Cerrillo Blanco pueden situarse a grandes rasgos sobre el plano de la finca que aporta González Navarrete (1987, p. 15) y que resumimos en nuestra lámina 1.3. Los primeros trabajos, iniciados en 1975, apreciaron una zona con remociones anteriores que correspondía a las piezas que habían ingresado por compra en el Museo de Jaén (lám. 1.3, 1 a-c), y entre las que se contaban la lucha del varón contra el grifo y la figura fálica. Se revisó entonces todo el área, con el fin de recoger nuevos materiales significativos, emprendiendo las primeras excavaciones. A una profundidad entre 50 y 90 cm se localizó una fila de grandes losas que cubrían siete esculturas grandes y otros diversos fragmentos (lám. 1.4). Algo más hacia el oeste, junto a la linde de la finca, se recuperaron una escultura de toro y un guerrero junto a su caballo. La tierra que cubría la zanja rellena de esculturas mostraba restos arqueológicos muy fragmentados y mezclados, puesto que se alude a cerámicas medievales, ibéricas antiguas y restos de cráteras áticas. El número de vestigios escultóricos que se contabilizaron en el Museo después de estas primeras actuaciones fue de 1274, procediendo de inmediato a la limpieza y restauración de las más completas.

Una segunda campaña se desarrolló en 1976 (lám. 1.3, 2), en la que se revisó una zona más amplia, recuperándose una cabeza con casco en la cuadrícula 10-I y una necrópolis ibérica de cremación de época tardía, una de cuyas tumbas, con estructura de cista, aprovechaba un fragmento escultórico correspondiente a una pierna (González, 1987, nº 66). En 1977 comienzan los trabajos sistemáticos, que se concentran en investigar la naturaleza de la parte alta del cerro, cuyo coronamiento está delimitado por una serie de losas formando un círculo que parece adquirir forma tumular. Para ello se realiza un corte longitudinal a lo largo de las cuadrículas F 10 a 16 (lám. 1.3, 3), que localizó una necrópolis de inhumación de filiación tartésica (lám. 1.3, 4), de la que sólo se excavaron entonces un par de tumbas. En las dos últimas campañas, desarrolladas en 1978 y 1979, se incorporó a la dirección de la excavación el Dr. O. Arteaga, contando igualmente con la colaboración de un equipo de la Universidad de Granada. Se realizaron numerosos cortes y se excavaron más de 20 sepulturas correspondientes a la citada necrópolis de inhumación, estudiada y publicada por Torrecillas (1985) (lám. 1.5-6).

Como resultado de todo ello se pudo restituir hasta cierto punto el proceso de utilización humana del yacimiento. La etapa más antigua estaría representada por un silo con cerámicas a mano e instrumental lítico similar al del cercano yacimiento de Los Alcores (Torrecillas, 1985, p. 37). Sobre estos restos se asentaría la necrópolis de inhumación, delimitada por una serie de lajas de piedra formando un círculo. En su interior se excavaron 24 tumbas individuales delimitadas en general por losas de piedra, y una sepultura doble de cámara con una estructura calificada como "megalítica". Vestimentas y ajuares corresponden a modas de tipo tartésico, como

broches de cinturón, fibulas de doble resorte o peines de marfil. Arteaga (1999, p. 113) ha adelantado algunas de las conclusiones del informe antropológico realizado por M. García Sánchez, en el que se revela que existen relaciones de consanguinidad entre los individuos enterrados, que son tanto adultos como infantiles, y correspondiendo la tumba doble a un hombre y una mujer. La cronología del cementerio se sitúa entre mediados del s. VII y el s. VI a.C.

No hay evidencias posteriores hasta el momento de amortización del grupo escultórico, que los autores calculan hacia el 400 a.C. o a inicios del s. IV a.C. (González y Arteaga, 1980, p. 200), aunque en niveles revueltos se han recuperado fragmentos cerámicos característicos de la fase del Ibérico Antiguo que quizás se correspondan con el momento de uso del monumento, y que tienen su referente en determinados niveles de la excavación del poblado vecino de Los Alcores (González y Arteaga, 1980, p. 211). Para cubrir la zanja se emplearon losas de piedra que probablemente procedían de la delimitación del recinto funerario de época tartésica. Una vez enterradas las piezas, se debió formar una pequeña necrópolis desde el s. IV a.C. hasta época iberorromana, algunas de cuyas sepulturas aprovecharon los fragmentos escultóricos que todavía quedaban dispersos por la ladera, o que se encontrarían en la remoción del terreno realizada para la construcción de las tumbas. En algunos lugares, como en la propia cima del cerro, se localizaron áreas cenicientas que pudieron corresponder a piras funerarias. Finalmente, el lugar parece abandonado hasta época medieval y moderna, cuando se emplea como tierra de cultivo.

Las esculturas de Porcuna se realizaron en la llamada “Piedra de Santiago”, cuyas canteras están en el municipio próximo de Santiago de Calatrava (González, 1987, p. 22). Esta materia prima es una calcarenita (Chicharro y Pegalajar, 1999, p. 322) de matriz mitrítica, con características intermedias entre la caliza y la arenisca. Es fácil de labrar, pero poco resistente, puesto que presenta numerosos fósiles de foraminíferos y su matriz está escasamente cementada, lo que le dota de una gran porosidad y alta capacidad de alteración por el agua⁴.

El empleo de la piedra para la talla de esculturas tiene ventajas como posibilitar la monumentalidad y disponer de un material sólido y resistente. Sin embargo, las calizas y areniscas son más susceptibles a la alteración que otras rocas, como las metamórficas, que sin embargo son más difíciles de tallar. Las rocas de origen sedimentario se degradan en función de la acción, tanto de factores externos como de su propia composición interna, que responde de diversa manera a la acción de los primeros. En la figura 1 se han resumido los principales agentes de alteración, siguiendo a autores como Alcalde Moreno (1990). Naturalmente, a ellos hay que añadir el más efectivo, es decir, el humano, que pudo conducir a la destrucción violenta y rápida de este gran conjunto, y a propiciar la curiosa forma en la que fue definitivamente ocultado.

Seguidamente pasaremos a describir las características de las alteraciones, golpes o fracturas de algunas de las piezas del Cerrillo Blanco. Las limitaciones de este trabajo implican una máxima brevedad, por lo que las descripciones generales de las esculturas deben remitirse a los catálogos ya existentes. Nuestras observaciones han sido realizadas en su mayor parte a partir de las fotos proporcionadas por González Navarrete (1987) y también por Negueruela (1990), puesto que las piezas han sido progresivamente remontadas con vistas a su exposición (Chicharro y Pegalajar, 1999), lo que hace imposible en muchos casos la observación directa de las fractu-

4 Esta identificación corresponde al informe: “Caracterización de materiales y evaluación de productos de tratamiento. Esculturas ibéricas del Museo de Jaén”. IAPH, Departamento de Análisis, 1997, cuya consulta agradecemos al director del Museo, D. José Luis Chicharro.

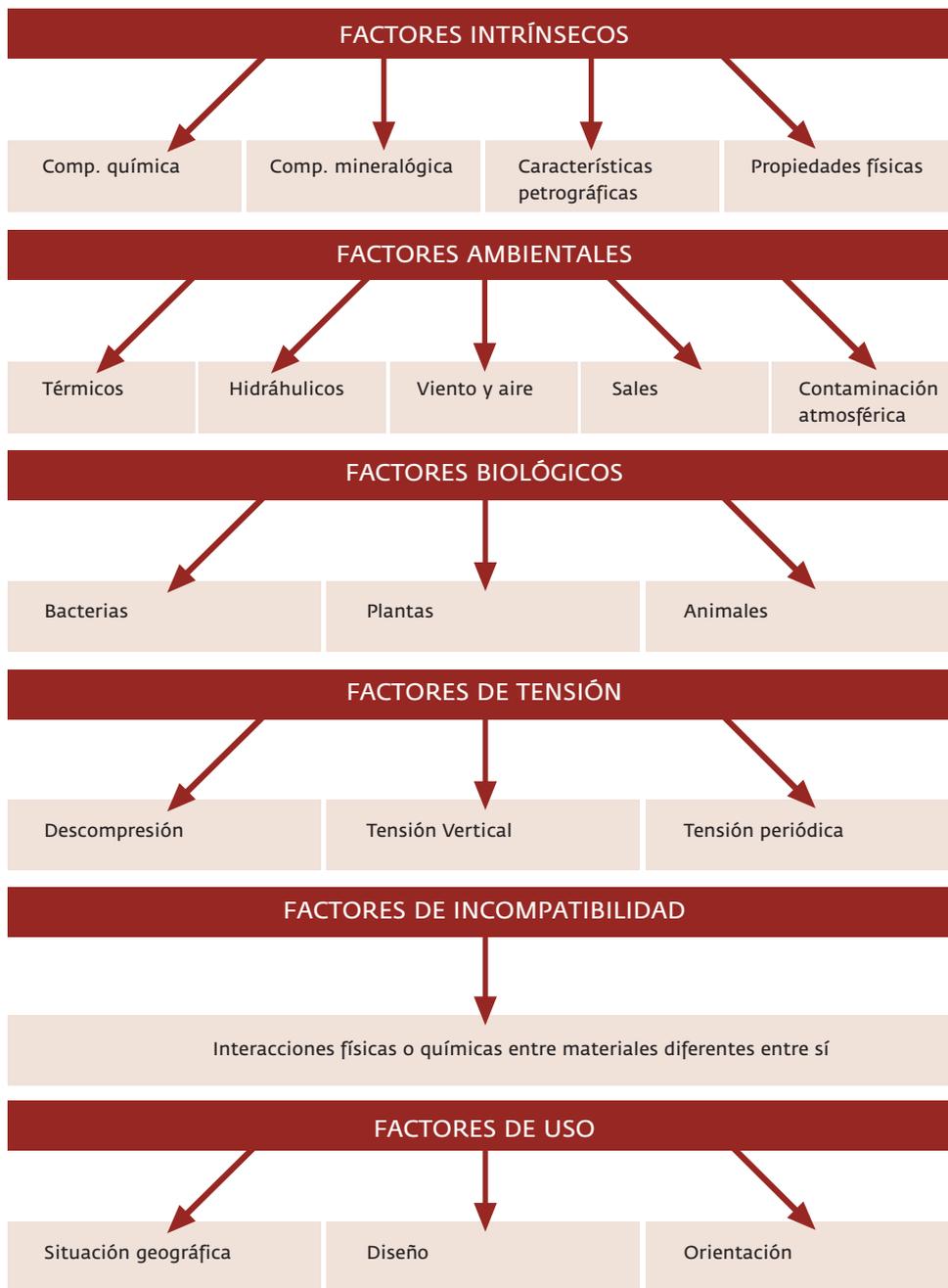


FIGURA 1
Resumen de los principales factores de alteración sobre las esculturas en piedra (elaborada a partir de Alcalde Moreno, 1990).

ras originales. Las necesarias tareas de limpieza y consolidación han provocado igualmente que las condiciones de porosidad y en general el aspecto superficial de las piezas haya mejorado respecto al momento de su hallazgo. Se corre igualmente el peligro, al documentar incisiones, melladuras, etc., que éstas hayan sido provocadas en el momento de su descubrimiento, especialmente en las correspondientes al primer lote, exhumado sin control. Nos fijaremos especialmente en aquellas fracturas y deterioros que muestran aquellas superficies y bordes lo suficientemente ero-

sionados como para identificarlos como fruto de una acción antigua. A pesar de todos estos inconvenientes, creemos que pueden apreciarse detalles interesantes en relación con el proceso de alteración que se resumen seguidamente. Para la comprensión general de estos conjuntos es preciso recurrir también a estudios como los de Blanco (1987, 1988a y 1988b), León (1998) y Olmos (2002).

3. ESTUDIO DE LA FRAGMENTACIÓN DEL GRUPO ESCULTÓRICO

3.1. El grupo de los guerreros

El estudio de Negueruela (1990) permitió reconocer la presencia de ocho cuerpos de guerreros y restos que pudieron pertenecer a éstos o a otras esculturas. Se trata de un grupo con personalidad propia dentro del conjunto, y como tal se le ha tratado en la bibliografía (Blanco, 1988; Negueruela, 1990, p. 47-244). Todas las piezas presentan un grado de fragmentación importante, aunque una de ellas conserva excepcionalmente el rostro, algo que no ocurre con ninguna otra representación humana.

Es este ejemplar (lám. 2, 1-3 y 5-6) el llamado “guerrero nº 1” o “guerrero de la armadura doble”, cuya destrucción fue concienzuda, como sucede en otros casos. Un impacto desde la parte superior trasera de la escultura desprendió la cabeza y la parte delantera del pecho y brazo derecho, al canalizarse la fractura seguramente por una línea de discontinuidad de la piedra. Esta parte volvió a romperse por el cuello, quizás por ser la zona más frágil, pero también se separó la parte derecha del pecho y brazo, que no han sido recuperadas. Una segunda fractura, en sentido diagonal desde el hombro derecho hasta al menos la cintura, partió el cuerpo en dos, multiplicándose los fragmentos al producirse otros impactos laterales a la altura de la axila y del cinturón, provocando el desprendimiento del brazo y de la cadera derecha. En todos estos casos se advierte pérdida de materia prima en la zona de impacto, lo que sugiere golpes con objetos punzantes, o cortantes en el caso de la cintura. Otras roturas afectaron a la parte derecha de los glúteos y las piernas, pero los fragmentos correspondientes se han perdido.

La cabeza presenta una superficie muy erosionada, llena de picaduras, lo que le otorga un aspecto poroso, mucho más evidente en la zona del cuello, en donde se ha producido una pérdida notable de la superficie de la piedra. La cara muestra una fractura en ángulo recto en la punta de la nariz y varias marcas de impactos, uno en el lazo izquierdo de la barbilla y otros en las mejillas. En la derecha hay evidencias de un impacto de forma pentagonal y profundo que parece estar en conexión con otro alargado que afecta al rabillo del ojo. La mejilla izquierda muestra un golpe de contorno circular y menos profundo que el anterior, y que está en línea con una esquirla que se ha hecho saltar del párpado superior. La parte posterior del casco falta, pero en la parte conservada se ha destruido la figura animal que configuraría el soporte de la parte delantera de la cimera, e igualmente se ha hecho saltar mediante golpes laterales y superiores el elemento que se situaba en la frontal, que Blanco (1987, p. 418) consideró como un posible prótomo zoomorfo. Tanto las fracturas sistemáticas del cuerpo como estos detalles de la cabeza indican una fragmentación voluntaria de la pieza.

Además de las acciones antrópicas, esta pieza presenta signos de erosión superficial, cuya morfología cabe atribuir a los agentes atmosféricos, especialmente el agua y el viento, a los que esta materia prima es muy sensible. Sirvan como ejemplo

el intenso picado externo o la desconsolidación producida en el cemento de la piedra, cuya principal acción se manifiesta en la pérdida de la capa superficial, que se desprende en forma de arenilla.

El guerrero nº 2 (González Navarrete, 1987, p. 83-88; Negueruela, 1990, p. 57-61), que llevaba casco, disco protector en la espalda y vaina de espada, debió ir adosado a otra figura, puesto que su parte delantera ha sido sólo someramente tallada (lám. 2.4). Negueruela advirtió que le corresponde la cabeza con casco descrita por González Navarrete (1987, p. 35-37). Las fracturas corresponden a la totalidad de la pierna izquierda y a la derecha antes de la rodilla, restos que no se han conservado. El cuerpo aparece roto en dos grandes bloques por una fractura oblicua a la altura de la cintura, que ha dejado una gran esquirla en la parte delantera de la pieza, lugar donde se produjo quizás el impacto. Más arriba, un nuevo golpe ha desprendido la cabeza y la parte delantera de la zona pectoral, fractura que presenta similitudes con la del guerrero anterior. Un par de melladuras en su parte trasera podrían deberse a los impactos recibidos. Nuevas roturas afectan a la parte derecha de la pieza y a la cabeza, que ha perdido todo el rostro y la parte derecha del casco. Éste presenta en su lado izquierdo, junto a la ranura para insertar el adorno lateral, un orificio perfectamente circular que pudo servir como ayuda a una restauración antigua o para sujetar esta pieza y la que estaría adosada a ella (Negueruela, 1990, p. 58).

A su vez, la superficie esta muy deteriorada, con grandes raspaduras y golpes en la parte delantera correspondiente al faldellín, que en la parte delantera del muslo derecho han llegado a levantar grandes esquirlas. En general es una pieza enormemente erosionada, con fenómenos aparentes de pulverización, pérdida de volumen y relieve, picado intenso y aparición de fisuras de diferentes intensidades. Es posible, si la pieza ha permanecido en superficie largo tiempo –probablemente es esta la cabeza que se encontró en la cuadrícula 10-I– que a las fracturas originales se unan los efectos del deterioro natural y antrópico no voluntario, como golpes de pico, azada o reja de arado.

El guerrero nº 3 (González Navarrete, 1987, p. 75-82; Negueruela, 1990, p. 61-63) presenta de nuevo una fractura que ha separado la cabeza y la parte frontal del busto aprovechando un plano de discontinuidad en la piedra (lám. 2.8). Sólo quedan restos de la superficie posterior, en la que se aprecian restos de la fálera y del penacho del casco. La figura recibió otro golpe en la parte superior que pretendía romper todo el lado izquierdo, pero la piedra, aunque fisurada, no llegó a abrirse. Un nuevo impacto seccionó la parte inferior del cuerpo mediante fractura desde la cintura al arranque trasero de los muslos. Las piernas, a su vez, se partieron a la altura de la ingle y nuevos golpes han hecho saltar más pedazos, habiéndose perdido todo a partir de las rodillas. La pieza ha sufrido además numerosos impactos y arañazos en su superficie, a lo que se une una erosión que le otorga un cierto aspecto de rodamiento y una fuerte disgregación por agua de la cubierta exterior.

En el grupo de combatientes llama la atención el espectacular grupo del atacante junto a su caballo alanceando a un contrincante que se encuentra caído en el suelo (lám. 3.2), como nos muestra la afortunada restitución realizada por Negueruela (1990, fig. 13). El conjunto ha precisado, sin embargo, de un largo trabajo para recomponerse, ya que estaba afectado por numerosas fracturas. La pieza central es el cuerpo del jinete adosado al flanco del caballo, aunque su parte trasera se encuentra muy perdida. Hoy día da la impresión de tratarse de un resto de gran tamaño, pero lo cierto es que ha debido remontarse a partir de 10 fragmentos. La cabeza del

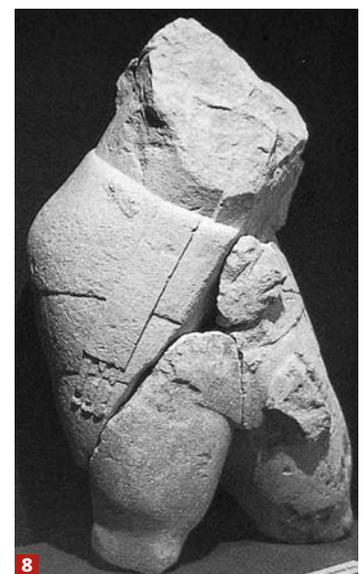
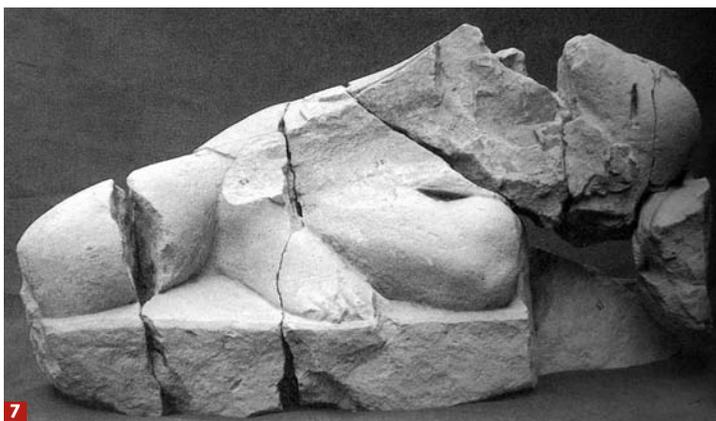


LÁMINA 2

Fracturas del grupo de los guerreros. 1-3 y 5-6: Guerrero nº 1 o de la armadura doble; 4.- Guerrero nº 2; 7.- Guerrero muerto; 8.- Guerrero nº 3.

varón falta por rotura horizontal con la que podría relacionarse una marca de golpe hecha por un instrumento afilado que se aprecia a la altura de la garganta. Tres fuertes golpes han afectado al brazo derecho, haciéndole perder el codo, parte de la muñeca y de la mano, con muchos otros vestigios de grietas y melladuras superficiales que se extienden también al puñal y las fálaras. A esta pieza se le ha unido otra que corresponde al brazo izquierdo, que empuña el escudo, adosado a la parte delantera del caballo. La cabeza de este animal también se rompió a la altura del arranque del cuello y del morro, sin que se haya recuperado esta última pieza. Faltan las orejas y hay diversas melladuras en su superficie. La pierna izquierda, hasta más abajo de la rodilla, ha podido adosarse al cuerpo, así como el arranque del muslo derecho. La parte trasera de la figura, correspondiente al caballo, está prácticamente perdida, y en general toda la superficie está llena de impactos, melladuras y arañazos, con pérdidas importantes de material, a lo que se une la erosión provocada por la humedad.

El guerrero caído ante el ataque del anterior ha conservado la parte superior del cuerpo rota en cuatro pedazos, correspondiendo uno al tronco y arranque de los brazos, uno al resto del brazo izquierdo y dos a la cabeza, que fue partida por el cuello y la zona del cráneo. Aunque estos dos restos se conservaron, falta toda la zona de la frente y el rostro por un golpe inicial de dirección vertical. De nuevo la superficie está llena de melladuras, más apreciables en la zona del puñal, seguramente relacionadas con la fractura provocada en la cintura y que provocó la separación de la parte inferior del cuerpo. El pedestal de la figura, que permite encajar las piezas por los restos que en él han quedado de cascos, pies y restos correspondientes a la figura caída, está de nuevo roto en tres fragmentos, a lo que se une uno de los cascos del caballo, que se recuperó entre los distintos restos. La pieza está incompleta y en la zona conservada presenta numerosas zonas erosionadas, destacando los desconchones, arañazos y picotazos. Un segundo caballo, quizás también implicado en el combate, muestra numerosas roturas y erosiones en cabeza y cuello (lám. 3. 6-7).

No podemos hacer un estudio detallado de todas las restantes piezas de este grupo, por lo que sólo aludiremos a algunos de los casos restantes más notables. El conjunto que en su momento representó un guerrero vencedor sobre otro muerto en el suelo (lám. 2.7) (González Navarrete, 1987, p. 89-94; Negueruela, 1990, p. 77-82) se conserva sólo en la parte inferior correspondiente a la basa. Como es habitual, aunque la cabeza del caído sobrevive, su rostro se ha perdido. La base, como se aprecia en otros casos, ha sido partida mediante golpes verticales al menos en siete fragmentos. Por su parte, el guerrero nº 8 asido por la muñeca (lám. 3.1) (González Navarrete, 1987, p. 61-63; Negueruela, 1990, p. 85-86) ha sufrido daños importantes que suponen la pérdida de la cabeza y la parte delantera del torso, así como casi todo el lado izquierdo y la parte inferior del cuerpo. Restos de golpes asociados a esas fracturas se aprecian especialmente en el brazo derecho, que quedaba sujeto por una mano de la que sólo se conserva un dedo. Una gran lasca se sitúa a la altura del codo, y otra marca hecha con un instrumento de filo horizontal se aprecia junto a la muñeca. La superficie externa de la caliza se ha desprendido en muchas zonas a causa de las roturas, dejando al aire el núcleo interno, lo que ha favorecido que los agentes naturales provoquen desagregaciones y un proceso de pulverización de cierta entidad, así como efecto de limado en los bordes de las áreas fracturadas.

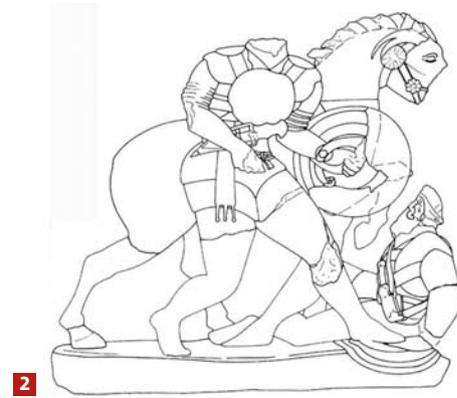


LÁMINA 3

Fracturas del grupo de los guerreros.

1: Guerrero asido por la muñeca;

2-5.- Grupo de guerrero con lanza, caballo y guerrero caído;

6-7.- Cabeza y cuello de caballo.

3.2. El grupo de personajes de ámbito religioso (ver descripciones e imágenes en González Navarrete, 1987, p. 43-46, 99-126 y 196-7)

Son los que Blanco (1988a) denominó “hierofantes”, al relacionarlos, como habitualmente se ha hecho, con individuos que desarrollan una actividad sacerdotal o religiosa. Conforman este grupo el “varón con manípulo”, la “dama con niño”, la “sacerdotisa de la serpiente”, el “oferente con cápridos” y la “dama sedente”, pudiendo unirse a ellos como extensión de la acción religiosa, la escultura infantil, el “torso fálico”, el “desnudo con trenzas” y la “cabeza con tocado”. Aún añadiremos aquí dos figuras más: el “guerrero de la rienda” y el “cazador de perdices”, para los que proponemos una lectura relacionada con escenas de sacrificio.

Los dos primeros han perdido la cabeza, como ocurre en el resto de los casos, pero sus cuerpos están bastante bien conservados, al concentrarse las fracturas en zonas periféricas de los mismos. El varón (lám. 4.1) tiene rota la zona de las piernas en varios trozos que han podido recuperarse, y la dama ha sufrido más en la parte superior, con golpes que afectaron al hombro derecho y al izquierdo, aunque este último trozo, que arrancó parte del pecho y el brazo, también se ha conservado. Diversas melladuras profundas parecen revelar golpes que no llegaron a romper el cuerpo. El resultado, después de remontar las piezas, es de dos esculturas a las que apenas les faltan la cabeza y los pies. Sin embargo, los golpes han ido más allá, rompiendo los elementos que estos personajes portaban en las manos. En el caso del varón, todo lo que pudiera relacionarse con lo que portara en las manos ha sido cuidadosamente roto, y los fragmentos no se conservan. También se han golpeado, aunque sin buscar una destrucción completa, el grueso brazaletes que porta en el brazo izquierdo y el colgante que pende de la gargantilla que lleva al cuello.

En cuanto a la mujer “con niño” (lám. 4.2), además de su parte superior le falta el extremo del brazo derecho, que adelanta como si sostuviera algo que se ha perdido. Tampoco conserva la mano izquierda, que quizás se posara sobre el infante o la figura que se asocia a su rodilla izquierda. Una pequeña mano, o quizás el extremo de un elemento no identificado, se apoya sobre el manto. Esta figura fue arrancada con un golpe que debió repetirse varias veces para conseguir desgajarla de la matriz de la estatua femenina, como revelan las huellas de sucesivos impactos.

Algo similar puede sospecharse en la “sacerdotisa de la serpiente” (lám. 4.8), que presenta un golpe en la parte inferior que ha hecho saltar una gran lasca de piedra, quizás correspondiente a un elemento adherido. Sin embargo, el guerrero nº 2 tiene erosiones similares sobre su muslo derecho, sin que se muestren indicios de que esta parte hubiera estado unida a otra pieza. La figura femenina fue rota en dos grandes pedazos por la cintura, lo que implica una destrucción más efectiva que en los casos anteriores, y el golpe fue dado probablemente en la zona del estómago. Aun así los fragmentos fueron grandes y se conservaron, lo que no ocurre con la cabeza y la mano izquierda, que se adelantaba seguramente portando algo, quizás una pátera para dar de beber a la serpiente que baja desde su hombro (Olmos, 2002, p. 114). Se ha indicado que el ofidio ha sufrido insistentes golpes que han provocado un gran deterioro, pero lo cierto es que conserva la cabeza sobre la parte superior izquierda del tronco del personaje, así como restos erosionados de su cuerpo que se deslizan por la espalda. Un deseo expreso de destrucción habría insistido en el desprendimiento y fractura de la cabeza, como ocurre con los seres humanos. El fragmento correspondiente al arranque del cuerpo también ha podido ser recupera-

do y pegado. Las tres figuras descritas muestran impactos que no llegaron a partir la pieza pero que marcaron claramente la superficie en diversas áreas.

El “personaje con cápridos” (lám. 4.3) puede ser una divinidad mostrando sus atributos o un oferente que porta sus animales (Olmos, 2002, p. 112-113). De nuevo falta la cabeza, y como ésta se arrancó respetando parte del cuello, un nuevo golpe por la parte trasera desprendió esta zona, aunque el fragmento se conservó. Nuevos impactos han causado pérdidas importantes en la superficie derecha del torso y en todo el lateral derecho, que falta por fractura vertical. A ello se une un golpe diagonal sobre la cintura que separó el tronco de la base del cuerpo. Una vez desprendido aquel, se atacó de nuevo la base inferior con un impacto que partió verticalmente una nueva zona del lado derecho, separando finalmente con más golpes la estatua de su basa. Esta ha sido repetidas veces golpeada y rota en sentido transversal a su lado largo, como ocurre con otras basas del monumento. Del cáprido derecho no queda casi nada, mientras que del izquierdo se han podido recuperar grandes fragmentos que alcanzan a dar idea del cuerpo y parte de su cabeza, que conserva parte de la cornamenta, la oreja y el ojo, aunque falta el hocico. Las patas delanteras de los animales, adosadas al vestido del personaje, han sido golpeadas repetidas veces, en ocasiones con objetos de filo, y más golpes se advierten sobre el resto de la figura, especialmente sobre el costado del macho cabrío y la espalda y lateral derecho del personaje. Una grieta bajo la pata izquierda del animal revela un nuevo impacto que no parece haber llegado a partir la pieza. Esta figura fue, por tanto, persistentemente atacada, en especial desde su lado derecho, e incluso los bloques fragmentados fueron de nuevo golpeados hasta trocearlos. Afortunadamente el lado izquierdo sufrió menos, quizás por haber caído hacia abajo tras los primeros impactos, y ello permitió que se conservara parte del cuerpo y la cabeza del cáprido, animal que por su tamaño hubiera sido fácilmente confundido con un ciervo si no se hubiera recuperado esta parte del cuerpo (Blanco, 1988a, p. 14).

La “cabeza con tocado” (lám. 4.) (Negueruela, 1990, p. 252-253, lám. XLVII) muestra hasta qué punto se ensañaron los destructores con las esculturas. Siete son las fracturas que seccionan los tres grandes fragmentos que forman la pieza, y que no llegan a recomponer el rostro, del que sólo se conserva el extremo inferior. Los impactos partieron la cabeza diagonalmente, y nuevos golpes fracturaron la zona craneal. El fragmento mayor corresponde a la parte superior del cuello y de la zona facial derecha, donde se advierte la extraordinaria fineza de la talla, y el diseño del rostro tiene ciertas concomitancias con la cabeza del guerrero nº 1. Tanto la nariz como el ojo derecho han sido “borrados” mediante un insistente piqueteado, que casi llegó a arrancar una pequeña lasca de la cara. La barbilla fue también golpeada, y el labio superior está afectado por un surco en diagonal. Otras importantes agresiones se observan en el lado derecho de la cabeza y tocado. Esta pieza es una buena prueba de que han intentado dañarse los signos de identidad del personaje representado, buscando finalmente la destrucción total de la figura.

Del busto del efebo de las trenzas (lám. 4.7) no ha llegado a recuperarse más que una mínima parte del torso, sobre el que caen los tirabuzones, señal de que la destrucción fue intensa. Finalizamos este apartado con una revisión de dos interesantes piezas: el “guerrero de la rienda” (lám. 4.10) y el “cazador de perdices” (lám. 4.9). En cuanto al primero, ocho fragmentos unidos permiten reconstruir un personaje del que se conserva únicamente el costado derecho, con el brazo empuñando o sujetando un objeto de difícil interpretación, que González Navarrete (1987, p. 100) atri-

buyó hipotéticamente a la correa de unas riendas. Los problemas de lectura son analíticamente recogidos por Negueruela (1990, p. 98-99), quien excluye a este personaje del grupo de los guerreros por carecer totalmente de armadura. Viste túnica de manga corta, y una especie de chaleco protegiéndole el torso. Pegada a su costado derecho hay una tela doble que cubre algún elemento no visible, pero que no corresponde sólo al cuerpo del personaje, puesto que entonces sus proporciones y morfología resultarían absurdas. Pegada a la parte delantera de la estatua se aprecia un pequeño casco de animal. El instrumento que el varón porta en su mano derecha ha sido específicamente destruido mediante golpes que han arrancado la superficie del relieve, dejando sólo su marca en la piedra. Sin poder afirmar nada con rotundidad, proponemos que este utensilio sea un cuchillo largo, y que el personaje se dispone a sacrificar a un animal que estaría sujetando con su mano izquierda, protegiéndose con la doble manta.

El segundo personaje, vestido con túnica corta ceñida por cinturón, llevaba un elemento, hoy desconocido, adherido a su cuerpo con la ayuda de un orificio practicado en la ingle, y que en origen podría estar en contacto con la mano que se ha perdido. Dos objetos colgaban de su cinto. Uno no se ha podido identificar, pero el otro es claramente un cuchillo curvo, como indicó Negueruela (1990, p. 251). En su mano izquierda lleva un vástago del que penden dos perdices muertas, y rodeando su costado derecho surge a media altura un animal que vuelve su cabeza, no conservada, hasta tocar el hombro del personaje. González (1987, p. 132) consideró que el animal podía ser un pequeño cordero o un perro, y es esta última opinión la que ha primado en la bibliografía, por influencia, sin duda, del relieve con el cazador de liebre, que también ha condicionado la consideración no comprobada de que esta pieza fuera un relieve como aquella, a pesar de que ambos conjuntos presentan una evidente diferencia de características y proporciones. La única excepción es la de Blanco (1988a, p. 19-20), que lo identifica como herbívoro, clasificación que debe mantenerse si nos atenemos a la posición de las patas del animal. El realismo con que los artistas reflejan las anatomías en los demás ejemplares no deja lugar para la duda o la confusión. Estamos ante un herbívoro, sea un cordero, un cáprido o una cierva joven, como propuso Blanco. El animal acompaña a su portador y le muestra su reconocimiento adosando su cabeza al cuerpo del personaje. Quisiéramos apuntar una posible relación de este personaje con el mundo de la ofrenda y el sacrificio, dado el interés que ha mostrado el escultor en la representación del cuchillo curvo. Por otro lado, como ya se ha dicho, el tamaño también le separa del grupo del cazador de la liebre, y le acerca al grupo de carácter religioso y en concreto al “guerrero de la rienda”. En todo caso, los elementos que faltan impiden desvelar definitivamente las claves del conjunto.

Las fracturas han afectado a la cabeza del personaje y a la del herbívoro, sin que hayan podido recuperarse, así como a las piernas del primero. En origen, una fractura en doble diagonal cuyo impacto parece haberse producido precisamente encima del cuchillo, hizo que se desprendiera también el arranque de los muslos, que han podido reunirse con el resto de la figura. Nuevos golpes separaron los cuerpos de las perdices y la mano derecha del personaje, y toda la parte trasera falta al haber acertado el impacto con una línea de fractura de la pieza. Como en otras ocasiones, diversas áreas de la figura presentan zonas picadas, golpeadas y fracturadas, lo que ha acelerado los procesos de descomposición y penetración de microorganismos que han sido tratados en el Museo de Jaén.

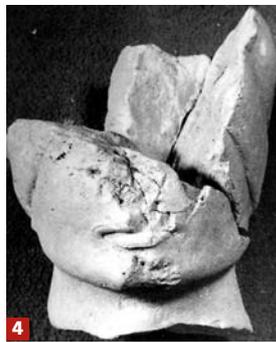


LÁMINA 4

Grupo de personajes de religión.

- 1.- Varón "con manípulo";
- 2.- Mujer "con niño";
- 3.- Personaje con cápridos;
- 4-6: Cabeza con tocado;
- 7.- Torso con trenzas;
- 8.- Mujer con serpiente;
- 9.- Cazador de perdices;
- 10.- "Guerrero de la rienda".

3.3.- Las esculturas zoomorfas

(González Navarrete, 1987, p. 139-192; Blanco, 1988b)

Lo primero que llama la atención en este grupo es el hecho de que varias de las figuras conserven la cabeza, cosa que no sucedía con las representaciones humanas. Esto confiere al conjunto zoomorfo la impresión de estar menos destruido que el antropomorfo. Sin embargo, hay que subrayar que todas las cabezas de aquellos animales que las han conservado, sin excepción, fueron cortadas violentamente, sin que llegaran a romperse más ni a distanciarse demasiado de sus cuerpos, de forma que pudieron ser recuperadas y enterradas con ellos. El grupo de la lucha del varón contra el grifo es una buena muestra de este trato diferencial entre los seres humanos y los animales, como sucedía con el guerrero que combate junto a su caballo. En todos los casos las cabezas han sido cortadas, la diferencia estriba en que mientras que las de los animales permanecieron entre el material fragmentado, las de las personas han desaparecido.

En el caso del grifo en combate (lám. 5.10 y 5.13), los golpes han fracturado la cabeza y el cuerpo en dos grandes trozos, y se ha buscado desgajar la figura humana de la del animal, al que quedaron adosadas las manos del personaje. Falta la basa con las piernas y pata que se apoyarían en ella, así como el brazo derecho del personaje y su cabeza. La figura fue golpeada en varias zonas, como el cuerpo del grifo y sobre todo el muslo derecho del varón, buscando quizás una fractura diagonal en la cadera, como presentan otras piezas. Nuevos impactos con algún instrumento contundente, como una maza o martillo, se aprecian junto al hombro derecho, provocando huellas y erosiones que no llegan a producir fracturas.

Las aves, incluida la esfinge (lám. 5. 1-6), han perdido la cabeza, que al menos en uno, si no en dos de los casos, sería humana. Los golpes han buscado quitarles también sus atributos de movimiento, es decir, las patas y las alas, que en algunos casos han podido ser recuperadas. Los fragmentos corporales, sin embargo, son grandes, y la basa de la esfinge está fracturada con menos saña que aquellas que sostienen a seres humanos. La parte frontal del cuerpo de las denominadas “lechuza” y “arpía” por González Navarrete (1987, p. 211 y 162) ha sido picada insistentemente.

El grifo que se vuelve hacia la serpiente (lám. 5.12) muestra también impactos numerosos en su superficie, hasta que se partió por la mitad del cuerpo. Los golpes, hechos tanto con instrumentos contundentes como puntiagudos, produjeron grietas e importantes deterioros superficiales, que se extienden a ambas garras y a la base de la palmeta sobre la que se apoyan. Una vez más, la cabeza fue arrancada mediante golpes insistentes en la nuca, pero se conservó entera, salvo la zona del hocico, rota por un golpe vertical que afectó tanto a la mandíbula superior como a la inferior.

Lo mismo le sucede al grupo del carnívoro –optamos más por un lobo que por un león- que ataca a un carnero (lám. 5.7). Ambos animales carecen del extremo de la zona facial, y a ambos se les arrancó la cabeza, conservada sólo parcialmente en el caso del lobo, cuyo cuerpo fue también mutilado. Golpes insistentes se aprecian en la superficie del cuerpo de ambos animales, algunos de ellos previos a la definitiva rotura, como sucede en la zona mandibular izquierda del carnívoro. La intención de los destructores fue desarticular el conjunto, como sucedía en el caso de la lucha contra el grifo, y seguidamente trocear elementos centrales o periféricos de las piezas.

El grupo del personaje sujetando a un carnívoro (lám. 5.8) ha sido interpretado como la victoria del hombre sobre el león, y Negueruela (1990, fig. 38) ofrece una posible reconstrucción. Debemos ser muy prudentes al respecto, puesto que la figura del carnívoro no presenta más indicios de su interpretación como un león que el reborde de una hipotética melena que bien podría corresponder a otro tipo de carnívoro, lobo o perro. El animal se encuentra en una actitud tensa, dispuesto a saltar, y parece que el personaje le domina y retiene. Algún otro resto de cuerpo animal conservado en el Museo de Jaén presenta la misma actitud de tensión (González Navarrete, 1987, p. 219), como si el grupo no fuera único. De interpretarlo como una lucha nos previene el hecho de que el personaje va calzado, mientras que aquellos que se implican en una acción, como los guerreros o el cazador, van descalzos. La dificultad de la lectura está causada, como en otros casos, por la gran fragmentación de la pieza, que afecta aquí muy diferencialmente al hombre y al animal. Éste ha perdido la cabeza y parte de las patas, pero el resto del cuerpo se encuentra completo. El personaje humano, sin embargo, ha sido objeto de una destrucción intensiva, e incluso la parte de la base situada en su lado ha recibido más golpes que la que sustenta al animal.

Del conjunto de bóvidos (lám. 5.11 y 5.14), que serían tres después del recuento de las cornamentas que hizo Negueruela (1990, p. 264), sólo se conservan estos apéndices, un cuerpo y dos basas con las pezuñas y el final de las patas. Las piezas se han partido por el punto más débil, las extremidades, y el cuerpo ha sido golpeado fuertemente para desgajar la cabeza y el cuello dorsal, provocando agrietamientos en las zonas aledañas. Un nuevo impacto bajo el ojo izquierdo ha desprendido el morro, que se ha recuperado, y otros golpes han afectado a las orejas y cornamenta, y han dañado fuertemente el ojo derecho. Las basas han sido rotas en tres o cuatro grandes fragmentos, con las grietas en sentido transversal que caracterizan las fracturas de estos elementos.

En el conjunto de las representaciones zoomorfas podemos señalar, por tanto, algunos rasgos significativos. En primer lugar, el hecho de que hayan sido objeto de un ataque destructivo tan eficaz como el que rompió las figuras humanas, apreciándose quizás un ensañamiento ligeramente menor con los cuerpos, pero no significativamente distinto. En segundo lugar, como ya se ha señalado, las cabezas, a pesar de haber sido seccionadas, se han conservado. Es de resaltar que de todo el inventario de personajes humanos representados sólo se conserva el rostro del guerrero de la armadura doble, mientras que, salvo las aves y esfinges, el resto de los animales no ha perdido la zona facial, y en especial conservan uno o los dos ojos.

Una cosa llama la atención: la fractura sistemática y no conservación de los morros y hocicos de cualquier tipo de animal, real o fantástico. Sólo el grifo en lucha contra el varón se escapa a esta regla, y sólo el toro ha conservado esta parte, que por tanto ha podido ser pegada. También hay fragmentos resultantes de impactos de este tipo que no han conseguido ser atribuidos a sus cabezas correspondientes. Es el caso del carnívoro de fauces arrugadas que muerde a una víctima (González, 1987, p. 181-183) y el morro de un herbívoro que Negueruela (1990, p. 260) considera como de un cordero, aunque la presencia de un filete o banda en la boca deja abiertas otras posibilidades de interpretación.

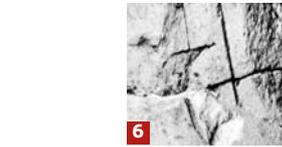


LÁMINA 5

Grupo de animales.

1 y 6.- "Arapia" y detalle;

2.- "Águila";

3-4: "Lechuza";

5.- Esfinge;

7.- Carnívoro mordiendo a carnero;

8.- Grupo de varón y carnívoro;

9.- Cabeza erosionada de grifo;

10 y 13.- Lucha de varón con grifo

y detalle;

11 y 14.- Toro y detalle;

12.- Grifo enfrentado a serpiente.

4.- UN CASO DE CONTRASTE: LAS ESCULTURAS FUNERARIAS DE UN CEMENTERIO MODERNO

La discusión habitual en la historiografía ibérica sobre las causas de la fragmentación de las esculturas ibéricas llevó a uno de nosotros (Sebastián Zofío) a realizar un estudio comparativo sobre una muestra de esculturas expuestas a los agentes naturales, para apreciar los procesos de deterioro de las mismas y su posible reconocimiento en el conjunto de Porcuna. Para ello se escogió el cementerio de la Sacramental de San Isidro, situado sobre un cerro al suroeste de la ciudad y fundado en 1811, por lo que se contaba con un margen de tiempo lo suficientemente largo como para apreciar los deterioros causados en las esculturas por el paso de los años. El carácter privado del camposanto hizo de él un lugar reservado preferentemente para los estamentos sociales más altos, que adornaron sus monumentos con complejos programas decorativos. La ausencia generalizada de actos vandálicos ha conservado la mayor parte de aquellos, por lo que pueden estudiarse bien los procesos naturales de deterioro. Escogeremos algunos casos para apreciar las características de esta muestra.

Una figura de Jesucristo como *Sagrado Corazón* (lám. 6. 10-11) se levanta sobre una tumba fechada en 1913. Viste túnica, que se abre en el pecho para hacer visible el corazón, y manto con numerosos pliegues enrollado sobre el brazo izquierdo. Aunque se aprecian los mechones del pelo cayendo sobre los hombros, la cabeza no se conserva a causa de diversas fracturas. La primera discurre en diagonal de derecha a izquierda, con superficie interna rugosa y cóncava y borde muy erosionado y limado. La segunda, más reciente, se localiza en la zona superior derecha de la cabeza, es horizontal y su borde es recto. Una tercera fractura afecta a la zona frontal, seccionando la cara y parte del pelo, con bordes rectilíneos y muy limados. Los brazos también están rotos, el derecho por encima del codo y el izquierdo antes de la muñeca. Ninguna de las fracturas presenta señales de golpes, que tampoco se evidencian en el resto de la superficie escultórica. Los diferentes niveles encontrados en la superficie interna de las fracturas parecen indicar que se han producido en varias fases, pudiendo atribuir su origen a la acción del hielo y deshielo, que han hecho estallar la estructura interna de las zonas más débiles. Toda la escultura se encuentra además enormemente erosionada, con los relieves muy limados, apreciándose numerosas grietas y fisuras que recorren toda la figura y especialmente la zona del manto y la espalda. Líquenes y musgos, así como el polvo y la contaminación han alterado notablemente la superficie de la pieza, que se encuentra en un rápido proceso de deterioro.

La figura de un *ángel con las alas extendidas* (lám. 6. 7-9) adorna una sencilla sepultura fechada en 1915. Le falta la cabeza y gran parte del brazo derecho. Los pliegues de su túnica se adhieren a la parte delantera del cuerpo, dando la sensación de movimiento producida por la figura alada en el acto de posarse. La rotura del cuello es un plano horizontal ligeramente convexo, con bordes irregulares y tremendamente erosionados. Esta fractura parece haber arrancado en su caída una lasca vertical. Grietas finas y alargadas recorren la pieza por esta zona, lo que indicaría un proceso de fisuración que ha desembocado en rotura. El brazo muestra una fractura limpia, sin marcas de golpes en la periferia, lo que ocurre también en alguna zona del manto y en el tallo de la flor que sujeta el ángel. Finalmente, el reborde superior de su ala derecha tiene un desconchón asociado a un posible impacto en su parte más alta. La figura se encuentra junto a una galería con cornisa, que pudo



LÁMINA 6

Esculturas del cementerio de San Isidro de Madrid.
1-6.- Esculturas femeninas sobre ménsulas; 7-9.- Ángel y detalles del cuello y ala; 10-11.- Sagrado Corazón.

ser la causa del golpe. Toda la superficie muestra un acelerado proceso de pulverización y cuarteamiento debido al agua, viento y agentes térmicos, así como indicadores de contaminación y actividad biológica, con pérdida general de relieve y oscurecimiento externo.

Finalmente, revisaremos una *pareja de esculturas femeninas sobre ménsulas* (lám. 6. 1-6) que flanquean la entrada a un panteón. Una sujeta una copa o cáliz, mientras que la otra sostiene una cruz. En la primera el escultor ha representado un ligerísimo velo transparente que permite distinguir los rasgos faciales. La cabeza de la segunda se ha roto con fractura horizontal, pero se ha vuelto a colocar en su sitio, aunque algo desplazada. Debió estar un tiempo separada, porque el grado de erosión superficial es distinto al del cuello. Ambas presentan roturas en alguno de sus brazos, faltando los extremos, y en la portadora de la cruz se advierte además una fractura horizontal a la altura de los muslos que separa el cuerpo en dos partes actualmente unidas. Otras fracturas o fuertes erosiones afectan a los dedos, mechones de pelo, pies y mantos. Las basas y ménsulas han sufrido igualmente un fuerte deterioro, con fracturas verticales y pérdida de material, todo ello favorecido por el peso de las figuras.

El patrón de fragmentación de estas piezas difiere notablemente del documentado en Porcuna. En primer lugar hay que señalar que a pesar de haber pasado en torno a un siglo al aire libre, las esculturas del cementerio se encuentran generalmente en buen estado, y aunque hemos escogido piezas con roturas, existen muchas otras contemporáneas de ellas que están todavía completas. La mayor parte de las fracturas afectan a zonas débiles, como cuellos y brazos, y son limpias, dejando superficies rectilíneas, fruto de haberse producido en áreas con menor resistencia al agua y los agentes desestabilizadores. Carecen además de impactos en su entorno, y sus bordes están muy limados por la erosión. El resto de la superficie escultórica no asociada a las fracturas está bien conservada, y sólo adolece de oscurecimiento y degradación erosiva.

Por el contrario, las esculturas de Porcuna muestran a menudo roturas en zonas de máxima resistencia de las piezas, como las caderas o el torso, con evidentes marcas de golpes tanto en las zonas fracturadas como en el resto de la superficie. Las aristas de las fracturas están vivas, y las superficies en algunos casos poco deterioradas, lo que prueba que fueron realizadas no demasiado tiempo antes de su destrucción y enterramiento. A diferencia de lo que sucede con las figuras del cementerio de San Isidro, al hacer el recuento de fragmentos recuperados podemos observar una notable carencia de partes anatómicas (cabezas y caras humanas) que apenas pueden ser documentadas. Las diferencias entre figuras escogidas de ambos conjuntos pueden apreciarse en la figura 2.

5.- CONCLUSIONES

No cabe duda de que el conjunto escultórico de Porcuna fue violentamente destruido, pero falta mucho por saber acerca del proceso de destrucción en sí, y de sus causas y efectos. El material que conservamos plantea muchos interrogantes que quizás nuevos trabajos y excavaciones puedan ir aclarando poco a poco. El estudio de la cadena operativa que intenta definir el proceso completo de vida de estas piezas, desde su concepción a su abandono, presenta muchas lagunas que es preciso hacer explícitas para programar un trabajo reflexivo y global. En este caso, para empezar,

ANIMALES		PORCUNA				
		GRIFO SOBREPALMETA		ARPÍA		
		FRACTURAS	IMPACTOS	FRACTURAS	IMPACTOS	
CABEZA	orejas	x	x			
	mandíbula/pico	x	x			
	cuello	x	x	x		
	lengua	x				
TRONCO	tronco	x	x		x	
	cola			x	x	
	espalda					
EXTREMIDADES	DELANT.	parte superior				
		articulación	x			
		parte inferior		x		
		zarpa		x		
	TRAS.	alas			x	x
		muslo			x	x
		pata				
		tobillo				
OTROS	ELEMENTOS VARIOS	PALMETA	TODA LA SUPERFICIE			

PERSONAS		PORCUNA				SAN ISIDRO			
		Guerrero nº 2		Guerrero nº 8		Sgdo. Corazón		Ángel	
		Fract.	Impact.	Fract.	Impact.	Fract.	Impact.	Fract.	Impact.
CABEZA	cráneo	x	x			x	x		
	cara					x			
	cuello	x	x	x				x	
	otros	casco				pelo			
TRONCO	pecho	x	x	x	x				
	espalda		x	x	x				
	cintura	x	x						
EXT. SUP.	brazo	x		x	x	x			
	codo	x							
	antebrazo				x				
	muñeca			x		x		x	
EXT. INF.	cadera	x							
	muslo	x	x	x	x				
	rodilla								
	pie				x				
OTROS			BORDE CAETRA	BORDE CAETRA			TALLO MANTO ALA	ALA	

FIGURA 2
Tablas comparativas de las fracturas y los impactos en las figuras de Porcuna y San Isidro.

carecemos de información sobre las características y localización de los monumentos a los que pertenecieron las esculturas. La revisión detallada de las piezas indica, desde luego, varias manos, ya sean contemporáneas o no, en el espacio religioso que les dio cobijo (Negueruela, 1990, p. 310-311). La zanja en la que se recuperaron simula un escondrijo, una especie de tumba, en la que se entierran los restos de un conjunto ya muy esquilado. No hay indicios en el Cerrillo Blanco, por las noticias que conocemos hasta ahora, de una zona de talla, que se reconocería por la enorme cantidad de desechos de piedra que implica el modelado de las piezas desde su bloque original (lám. 7). Tampoco se han localizado, siempre según las noticias de los excavadores, las estructuras que deberían formar parte de un área sacra, si bien algunos restos arquitectónicos fueron recogidos con las esculturas. Tenemos, por tanto, un material amortizado, incompleto y sin relación aparente con su contexto de uso.

LÁMINA 7

Restos del taller de cantería del Ecomuseo de La Alcogida de Teffia, en Fuerteventura.



Sin embargo, la tarea de recuperación del material fragmentado y su consiguiente entierro en una fosa no debió ser pequeña, puesto que fueron necesarios varios camiones para el traslado de las piezas al Museo de Jaén, y entre ellas había tanto trozos grandes como pequeños, esculpidos y aparentemente amorfos. Da la impresión de que quien se tomara el trabajo de recoger y guardar los restos lo hizo concienzudamente, invirtiendo un considerable tiempo y esfuerzo. Por esto llama la atención la falta sistemática de las cabezas humanas, que sólo aportan una pieza casi completa –guerrero de la armadura doble-, y otras cinco muy fragmentadas –guerrero nº 2, guerrero vencido,

pugilistas y cabeza con tocado-, con exclusión rigurosa de los rasgos faciales. Aún así, se guardaron los restos de una nariz que debió quedar en el suelo tras la fractura de su rostro correspondiente. Esto nos lleva a pensar que la rotura de las cabezas fue exhaustiva. La posibilidad de que se hubieran conservado más y hubieran sido trasladadas a otro lugar no parece tan factible, teniendo en cuenta la presencia en la zanja de la cabeza del guerrero de la doble armadura, que en ese caso debería haber sido retirada como las demás.

Negueruela (1990, p. 306) ha subrayado la ausencia de restos de golpes en la zona de los cuellos de las figuras humanas, a pesar de que siempre presentan una fractura en esta zona. Una de las posibilidades, como él señala, es que las esculturas fuesen derribadas y se rompieran por el lugar más débil. Por otra parte, como se aprecia en algunos casos, los golpes se concentraron en la parte alta de la cabeza, la nuca y el inicio del torso, haciendo saltar varios pedazos que indudablemente afectarían el cuello, y finalmente otras sí presentan indicios de impacto en la zona. Complejas pruebas de simulación del proceso de fractura podrían ayudar en este sentido, siguiendo las pautas de la arqueología experimental.

La destrucción de un área para la que suponemos connotaciones sacras es siempre un proceso complejo, pero Porcuna no es un caso único⁵. Las razones esgrimidas para una acción así pueden ser militares, y serían realizadas por individuos ajenos a la ideología del grupo atacado (Blanco, 1986-1987). La destrucción violenta

5 Traducimos las palabras de Ingrid E. M. Edlund-Berry (1994, p. 16) sobre el edificio arcaico de Poggio Civitate (Murlo): *La destrucción del complejo arquitectónico arcaico del yacimiento etrusco de Poggio Civitate, al sur de Siena, fue repentino y minucioso. Las paredes del edificio fueron echadas abajo, y conforme caía el techo, las tejas, la estatuaria arquitectónica y los revestimientos de terracota se dispersaron por el suelo. Algunas de las piezas quedaron in situ, mientras que otras fueron llevadas a un pozo hacia el oeste del edificio, y quedaron enterradas allí bajo una capa de piedra, o fueron tiradas a la larga fosa o zanja que recorría el flanco norte y oeste del edificio.*

también puede tener razones internas, lo que implica fuertes diferencias en el mundo de las creencias, y en general es necesario que la divinidad sancione este ataque contra símbolos sagrados, puesto que de lo contrario se consideraría como un sacrilegio. El proceso, en cualquier caso, es complejo y difícil, y requiere a menudo normas que lo rijan para que se desarrolle adecuadamente. En el caso de la península italiana podía llegar a precisarse un rito de “des-fundación” de la ciudad y/o sus monumentos, para abandonarla o “re-fundarla” en otro lugar vecino bajo nuevas condiciones políticas y económicas. En este sentido, la zanja de Porcuna parece fruto de un ritual que sería considerado como adecuado para recuperar las esculturas destruidas con tanto empeño.

El entierro de las piezas, en los albores del s. IV a.C., finalizó su ciclo inicial de uso, pero su hallazgo en el s. XX les ha vuelto a otorgar un papel social y académico. La necesidad de comprender el sentido y el arte del conjunto ha llevado, como reacción lógica, a la recomposición de las figuras, imprescindible para su correcta apreciación y disfrute a través de su exposición. Sin embargo, no debemos olvidar que sus contextos de destrucción y amortización son también parte de la vida de las piezas, que revelan precisamente los cambios sociales e ideológicos, y en definitiva económicos, que las convirtieron en un paisaje indeseado. Por ello, en éste y en otros conjuntos, el estudio detallado de los procesos de destrucción debe considerarse imprescindible para la realización de un estudio global correcto de estas manifestaciones, y quizás deba abrirse un hueco en los espacios expositivos para mostrar los últimos efectos sociales sobre estas obras excepcionales.¶

BIBLIOGRAFÍA

- ALCALDE MORENO, M., 1990: *Diagnosis y tratamiento de la piedra: I. La alteración de la piedra de los monumentos*. Madrid.
- ARTEAGA, O., 1999: "La delimitación del territorio entre Cástulo y Obulco". En *De las sociedades agrícolas a la Hispania romana*. Jornadas Históricas del Alto Guadalquivir (Ed. V. Salvatierra y C. Rísquez). Universidad de Jaén, p. 95-141.
- BLANCO FREIJEIRO, A., 1986-1987: "Destrucciones antiguas en el mundo ibérico y mediterráneo occidental". *Homenaje al Profesor Gratiniano Nieto Vol. II*. CuPAUAM, 13-14, p. 9-28.
- BLANCO FREIJEIRO, A., 1987: "Las esculturas de Porcuna. I. Estatuas de guerreros". *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CLXXXIV, p. 405-445.
- BLANCO FREIJEIRO, A., 1988a: "Las esculturas de Porcuna II. Hierofantes y cazadores". *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CLXXXV, p.1-27.
- BLANCO FREIJEIRO, A., 1988b: "Las esculturas de Porcuna III. Animalia". *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CLXXXV, p. 206-234.
- CHAPA BRUNET, T., 1993: "La destrucción de la escultura funeraria ibérica". *TP*, 50, p. 185-195.
- CHAPMAN, J., 2000: *Fragmentation in Archaeology: people, places and broken objects in the prehistory of south-eastern Europe*. Londres-Nueva York.
- CHICHARRO, J. L. y PEGALAJAR, M. D., 1999: "Las esculturas de Porcuna. Una nueva propuesta expositiva". En *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Un homenaje a la memoria*. (Eds. Blánquez, J. y Roldán, L.). Madrid, p. 321-330.
- EDLUND-BERRY, I.E.M., 1994: "Ritual destruction of cities and sanctuaries. The "un-founding" of the archaic monumental building at Poggio-Civitate (Murlo)". En *Murlo and the Etruscans. Art and Society in Ancient Etruria*. (Eds. Daniel De Puma, R. y Penny Small, J.). Madison.
- GARCÍA GELABERT, M. P. y BLÁZQUEZ, J. M., 1993: "Destrucción de escultura ibérica: posibles causas". En *Homenaje a Miquel Tarradell*. (Ed. Estudis Universitaris Catalans), Barcelona, p. 403-410.
- GONZÁLEZ NAVARRETE, J., 1987: *Escultura Ibérica de Cerrillo Blanco, Porcuna, Jaén*. Jaén.
- GONZÁLEZ NAVARRETE, J. y ARTEAGA, O., 1980: "La necrópolis del Cerrillo Blanco y el poblado de Los Alcores (Porcuna, Jaén)". *NAH*, 10, p.185-217.
- LEÓN, P., 1998: *La sculpture des Ibères*. Paris.
- NEGUERUELA, I., 1990: *Los monumentos escultóricos ibéricos del Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén)*. Madrid.
- OLMOS, R., 2002: "Los grupos escultóricos del Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén). Un ensayo de lectura iconográfica convergente". *AEA*, 75, p. 107-122.
- QUESADA SANZ, F., 1989: "Sobre la cronología de la destrucción escultórica en la necrópolis de "El Cabecico del Tesoro" (Verdolay, Murcia)". *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 26, p. 19-24.
- RUANO RUIZ, E., 1987: "Primera gran destrucción escultórica en el mundo ibérico". *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 23, p. 58-62.
- TALAVERA COSTA, J., 1998-1999: "Las destrucciones de la estatuaria ibérica en el Levante peninsular". *Lucentum*, XVII-XVIII, p. 117-130.
- TARRADELL, M., 1961: "Ensayo de estratigrafía comparada y de cronología de los poblados ibéricos valencianos". *Saitabi*, XI, p. 3-20.
- TORRECILLAS GONZÁLEZ, J. F., 1985: *La necrópolis de época tartésica del 'Cerrillo Blanco' (Porcuna, Jaén)*. Jaén. ¶